

cere a morte, cum clamore valido et lacrimis offerens, exauditus est etc.¹ Ya que voluntariamente ofrecía aquella vida que por ningún título debía extinguirse, justo era que el Padre se la devolviese, apenas consumado el sacrificio y cumplidas las profecías, como sucedió en efecto. Fué, pues, aquélla la súplica del Hijo al Padre, llena de confianza, y escuchada plenamente por respeto á la dignidad del que la dirigía: *Exauditus est pro sua reverentia*. ¿Qué eficacia no tendrá en todo caso la oración de Cristo por nosotros? ¿Qué confianza no debe infundirnos esta seguridad completa de que Cristo ruega y ruega siempre, aun en el cielo, por los suyos²? Y la resurrección de toda carne, en el último día de los tiempos, y la recuperación de nuestra vida, tras largos siglos de muerte, ¿no os parece que se explican por la virtud de la oración del Redentor? ¿No lo entrevió así el santo Job, el profeta de la resurrección, cuando dijo: *Scio quod Redemptor meus vivit*³?

2. Que si Jesucristo encomendaba al Padre su alma propiamente dicha, significada también por la palabra *espíritu*, no se crea por eso que el encomendarla fuese efecto de temor, semejante al que experimentan los que claman á Dios en el paso de la muerte, justamente amedrentados por el peligro de caer en las manos del Dios vivo y Juez inexorable, y temerosos de ser presa del enemigo infernal que acecha al alma en aquel trance, como el astuto cazador á la fiera al salir de su guarida. En Cristo no cabía temor ni riesgo de esta naturaleza, ya porque su alma estuvo siempre unida hipostáticamente al Verbo y, por consiguiente, era de Dios, ya porque, á consecuencia de la misma unión, el alma del Salvador

¹ Hebr. 5, 7.² Hebr. 7, 25.³ Job 19, 25.

gozó de la visión beatífica desde el instante de su concepción, y así no pudo experimentar ninguno de aquellos sobresaltos y temores que nos asaltan á nosotros al pasar el puente de la eternidad. Ni ¿qué podía temer Jesucristo del furor de las potestades infernales á quienes dejaba domadas y vencidas, habiendo sido su muerte triunfo gloriosísimo sobre el infierno y el demonio? Pero entre tanto encomendaba y depositaba su alma, lo mismo que su vida corporal, en las manos de su Padre hasta que llegase, pasados tres días, el de su Resurrección, conforme á las palabras del Libro de la Sabiduría: *Iustorum anime in manu Dei sunt*¹: allí estarán como depositadas y seguras hasta el día en que hayan de tornar á juntarse con sus cuerpos. ¡Grande y provechosa lección para nosotros! ¿Cómo nos encontraremos de sobrecogidos y turbados en aquel tremendo tránsito del tiempo á la eternidad? ¡En qué golfo embravecido de angustias y congojas nos veremos sumergidos, casi á punto de perdernos! ¡Nosotros que todo tenemos que temerlo en aquella hora de la estrecha cuenta y, en cierto modo también, del poder de las tinieblas! Mas no por esto debemos desmayar un instante, habiendo Cristo nuestro Redentor encomendado nuestras almas al Eterno Padre, juntamente con la suya, según la pía interpretación de San Atanasio²; y habiéndonos enseñado al mismo tiempo cómo debemos encomendarnos nosotros mismos en aquella hora. Así lo cree el bienaventurado San Bernardo: *Ut disceremus spiritum nostrum Patris æterni manibus commendare, cum corpore egressus fuerit*³; y así lo tiene y usa la Iglesia nuestra tierna Madre, tan solícita de

¹ Sap. 3, 1.² S. Athan., De orat. Christi.³ S. Bern., Tract. de Pass.

sus hijos puestos en aquel amargo trance¹, y por lo mismo lo acostumbran los fieles todos, los cuales, al repetir la palabra de Cristo una y mil veces, con humilde y firmísima confianza, en nombre y con el espíritu del mismo Salvador, siéntense inundados de consuelo y fortaleza, armados como de un escudo impenetrable contra los dardos del tentador, y como inaccesibles á todos los terrores de aquella hora formidable. En efecto ¿qué dulzura no experimentará un cristiano fervoroso, que ha procurado imitar en vida el amor y la obediencia del Hijo de Dios, al tomar en los labios, á la hora de la muerte, aquellas dulcísimas y regaladas palabras, salidas de los mismos labios del moribundo Redentor: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?* ¿Qué fuerza no tendrán estas palabras salidas de un pecho henchido de fe en Dios y de amor á Jesucristo? El mismo hecho de apropiárselas ¿no vale tanto como revestirse de los sentimientos del divino Redentor, ponerse en su lugar y aplicarse sus méritos? Por eso desde ahora para entonces digamos con todo el fervor de nuestro corazón, y acostumbremos á repetirlo á cada instante: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum!*

3. ¡Desgraciado, eso sí, del que no participa del espíritu de Cristo! ¿En qué manos entregará su espíritu, al separarse del cuerpo entre mortales agonías? ¿Tendrá valor para hacer suyas las palabras de Cristo, cuando el ministro de la Iglesia se las sugiera al oído, ya casi apagado? él, que no ha sabido pensar como Cristo, ni amar lo que Cristo amó, ni vivir la vida sobrenatural de hijo de Dios? ¡Ah! mis amados oyentes, desengañémonos de una vez, escuchando la reflexión que hace á este

¹ S. Hieronymus.

propósito el profundo Orígenes: *El encomendar de esta suerte el espíritu en mano de Dios es propio solamente de las almas santas, que por la práctica de las buenas obras se han grangeado, como el mismo Cristo, un lugar de refugio en el seno de Dios.* En vano, pues, tratarán de usurpar estas palabras los desventurados que no han querido entregar su alma al Señor durante el tiempo de la vida, sometiéndose á su ley, resignando su entendimiento á la fe, cumpliendo religiosamente sus santos mandamientos... No es posible hallar á Dios en el límite de la vida, no habiéndole buscado durante ella, por más que, de un modo ú otro, el espíritu del hombre, justo ó pecador, haya de venir á parar á manos del Criador. Porque tal es el fin de la humana vida, tal es la ley de toda criatura, semejante en su destino al mismo Cristo que dijo, al despedirse de la tierra: *A Deo exivi et ad Deum vado*¹: salir de Dios para volver á Dios. Dios es el fin último, como es el primer principio. ¡Órbita inmensa que todo espíritu debe recorrer! ¿Quién podrá escaparse de este círculo? Sale el hombre de las manos del Criador para volver á ellas; ni puede ser de otra manera, atendida la naturaleza divina y la exigencia de la misma criatura. Dios, océano sin orillas, recoge dentro de sí todo lo que tiene ser, como fuera de sí le da existencia: una sola gota no puede perderse en el vacío, ningún espíritu podrá vagar eternamente fuera del círculo divino. Pero ¡ay del que gravita fuera del centro de la misericordia! Tendrá que caer bajo el dominio de la eterna justicia, siempre en las manos de Dios, pero ¡en qué manos tan pesadas! Tendrá que lamentarse sin consuelo, porque sentirá como

¹ Io. 13, 3.

de hierro la mano del Señor¹. Acojémonos con tiempo al seno de la bondad infinita: la Redención consumada en el Calvario, nos abre las puertas de la misericordia. Rescatados con la sangre del Cordero, podemos poner confiadamente nuestras almas en las manos del Padre celestial, y después... dormir tranquilamente el sueño de Jesús.

CONCLUSIÓN.

Et inclinato capite, tradidit spiritum (Io. 19, 30). *Defunctus* (Abel) *adhuc loquitur* (Hebr. 11, 4).

1. Jesús ha pronunciado su última palabra, y no volverá á hablar. ¡Oh silencio terrible! ¡Oh labios divinos donde posó la gracia, de donde manaban perlas y rubíes! ¿por qué estáis ya cerrados, cárdenos y fríos? ¡Ay! la muerte, aunque tímida y callada, va acercándose á la sagrada Víctima.... Jesús la invita á que dé el golpe, llamándola con una dulce inclinación de cabeza: Jesús le presenta la nobilísima cerviz, como el mártir dobla el cuello para recibir el golpe de la cimitarra. ¡Ea, muerte, llega sin recelo, que si tú nada puedes contra el Inocente y Santo, él te da derecho para que le hieras y hagas presa en su vida preciosísima. *Oblatus est quia ipse voluit*². Descarga ya el golpe de gracia, que de ti depende la gracia de nuestra salvación. Jesús manda á la muerte, y es obedecido. *Et inclinato capite, emisit spiritum*. Su frente está más blanca que la cera, sus ojos se han entrecerrado, sus mejillas se han hundido y el pecho se ve levantado: todo el sagrado cuerpo se ha estremecido, y el madero cruje, y la tierra tiembla y se hunde debajo de los pies. La noche se ha robado

¹ Ps. 31, 4.

² Is. 53, 7.

al día; ¿dónde está el sol? ¿qué ha sucedido? ¿qué cataclismo es éste? ¿por qué gime consternada la naturaleza? ¡Ay! todo está terminado. Jesús, nuestro Salvador y Padre, ha dejado de existir. El autor de la vida ha muerto. ¡Misterio incomprensible! ¡Llorad, ángeles de paz; llorad, hombres; llorad, criaturas todas que pobláis el universo! ¿Cómo podréis vivir, muerto el autor y conservador de vuestra vida? Lloremos, pecadores, porque se ha consumado la obra de nuestra iniquidad: lo que parece imposible es un hecho, ¡hemos asesinado al mismo Dios! ¡Ah! nuestro dolor nos llevaría al abismo de la desesperación, si el mismo Jesús, aunque muerto, no nos hablase con la voz interior de la fe, explicándonos las ventajas infinitas que nos proporciona su sagrada muerte, y ofreciéndonos perdón. Sí, cristianos: Jesús, el nuevo Abel, el autor y consumidor de nuestra fe¹, todavía nos habla desde el féretro para instruirnos y consolarnos: *Defunctus adhuc loquitur*, y ésta es la última palabra suya que debemos recoger para guardarla en lo más recóndito del corazón.

2. Oíd cómo habla el Salvador exánime: «Vosotros me habéis dado muerte, y yo os he de dar vida, y vida eterna, imperecedera. Venid á mí, todos los reos; venid todos los verdugos; levantaos, muertos, y yo os revestiré de vida nueva. No temáis: sé que lo habéis hecho por ignorancia², pero yo he rogado al Padre que os perdone, como yo por mi parte os perdono. Perdón piden estas llagas aún no cerradas, perdón clama mi sangre, perdón os ofrecen mis brazos extendidos y mi costado abierto. Ya no lloverá fuego del cielo, ni arrasará nuevo diluvio la tierra antes maldita, hoy santificada

¹ Hebr. 12, 2.

² Act. 3, 17.

con el riego de mi sangre. Yo os he franqueado el camino de la salvación: entrad por él resueltamente, y llegaréis á mi Padre que de ahora en adelante es Padre vuestro¹. Yo he quebrantado las férreas puertas del paraíso, y ya podéis entrar á la gloria de mi Padre. Yo he aherrojado y lanzado al profundo al gran tirano que os esclavizaba, y ya sois libres. ¡Mi muerte es el sello de vuestra libertad, es la fuente de vuestra vida!» Á estas palabras responde la creación universal con un himno eterno de amor y de alabanza, cantando ángeles y hombres á millares: *¡Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y la bendición!* Y todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, las que habitan debajo de ella y en lo profundo del mar, todas se oyó que decían: *¡Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero: Amén!*² Y nosotros, con los veinticuatro misteriosos ancianos del Apocalipsis, caeremos de hinojos en muda y humilde adoración, y adoraremos muerto en el árbol de la cruz al que vive por siglos infinitos. Así sea.

¹ Io. 20, 17.² Apoc. 5, 12 sqq.

SERMÓN PARA EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(predicado en Chapinero, 1897).

Surrexit, non est hic.
Resucitó, ya no está aquí.

Marc. 16, 6.

1. Es un ángel, acaso el mismo Gabriel, quien ha pronunciado estas palabras de inefable regocijo para el mundo: *Jesús, el Crucificado, á quien buschis, resucitó, ya no está aquí*¹. ¿Por qué un ángel, hermanos míos? Porque, así como fué enviado un mensajero celestial para anunciar á María el misterio de la venida del Verbo á la tierra para habitar en ella treinta y tres años en carne mortal²; así, dice San Gregorio, un ángel, sentado á la derecha del sepulcro vacío, debió anunciar á las piadosas mujeres el advenimiento del Salvador resucitado á vida perenne é inmortal³. Y, si en aquella primera venida de Cristo en la gruta de Belén los ángeles se regocijaban con los hombres⁴ por el nacimiento del Salvador, que era gozo propio de éstos, ¡con cuánta más razón se alegrarían en la Resurrección, que era tan propia festividad de ellos como nuestra? Pues, como discurre el mismo Padre de la Iglesia, si la Resurrección de nuestra Cabeza nos devolvió el reino de la inmortalidad, ella colmó también los tronos que dejaron vacíos los ángeles rebeldes, aumentando así y completando el número de los bienaventurados. Razón tienen, pues, los ángeles de regocijarse con los hombres en esta universal solemnidad de tierra y cielo; razón tiene la Iglesia de exclamar: *Alégrense los cielos y la tierra en tu*

¹ Luc. 24, 6.² Luc. 1, 26.³ Hom. 21 in Evang.⁴ Luc. 2, 10.